

¿REENCARNACION O RESURRECCION?

José C. Ayestarán, S.J.

Si se trata de hacer un estudio sobre los nuevos movimientos religiosos, no se puede omitir este problemático planteamiento: ¿reencarnación o resurrección?

Por una parte, no sólo los que profesan religiones hinduistas y el budismo - es decir, unos mil millones de personas, aproximadamente - se adhieren a la idea de la reencarnación, sino que lo hacen también, con diversas variaciones, muchos que profesan otras religiones, incluido el cristianismo.

En los países que viven bajo el influjo de la modernidad, las estadísticas son muy significativas. En efecto, un sondeo Eurobarometer de 1989 indica que el 21% de los europeos cree en la reencarnación. Pero es aún más llamativo el hecho de que aproximadamente la tercera parte de los cristianos europeos practicantes, lo mismo católicos (31%) que protestantes (37%), cree en la reencarnación. Las cifras son parecidas para los Estados Unidos. Según una encuesta Gallup de 1990, casi uno de cuatro norteamericanos (21%) cree en la reencarnación, mientras que otro 22% no está seguro.¹

Esta creencia en la reencarnación es adoptada también por los espiritistas, ocultistas o adeptos a la religiosidad llamada de la Nueva Era. Más de un millón de adeptos se interesan en Francia por el espiritismo. En Brasil hay entre 20 y 25 millones que se declaran creyentes católicos y espiritistas. Se encuentran creyentes fervorosos en el espiritismo en toda la América Latina.²

De estas estadísticas puede deducirse que, cuando hablamos de la creencia en la transmigración de las almas de una a otra encarnación, no nos

referimos a un fenómeno marginal. Por el contrario, la creencia en existencias pasadas empieza a formar parte de nuestro universo cultural. Es curioso que esta creencia en la reencarnación, particularmente la que se relaciona con el espiritismo, haya nacido en EE.UU. en el apogeo de las ciencias experimentales y del cientificismo. Más adelante trataremos de exponer las razones que la han motivado, sobre todo en Occidente.

Por su parte, el cristianismo ha rechazado tradicionalmente la creencia reencarnacionista en sus diversas variantes. Pero parece llegado el momento de preguntarnos de nuevo cómo habrá que interpretar ese fenómeno creciente. La reencarnación era para los primeros cristianos una idea exótica, es decir extraña y que venía de fuera. Ni la Biblia ni la tradición cristiana conocen nada de eso. Era una idea propia de no-cristianos.³ Ya que el fenómeno goza de un atractivo creciente, el cristianismo debe estar dispuesto a abrir un debate honrado. ¿Será necesaria o al menos posible una cristianización de la idea de reencarnación? ¿Podrá probarse empíricamente que hay un núcleo del yo que emigra de un cuerpo a otro? Para responder a estas preguntas, tendremos que mantener el debate en un abierto espíritu de diálogo. La propia posición firme y decidida no excluye el diálogo. Pero exige que a la idea de la reencarnación le reconozcamos dignidad religiosa y capacidad para resolver a su manera problemas religiosos. En vez de apelar autoritariamente a nuestra propia tradición cristiana debemos iniciar un debate objetivo. Porque hasta ahora no se ha llevado a cabo una confrontación intensiva. La ausencia de un problema durante siglos podría convertirse en una trampa.

Si se toma esta postura abierta, se dará cuenta inmediatamente de lo inmensamente complejo que es el estado de la cuestión sobre la que se discute. Por eso este diálogo nos obliga a presentar con la mayor objetividad los problemas de fondo a los que se quiere encontrar alguna solución, y las soluciones que pretenden ser tanto la reencarnación como la resurrección.⁴

Cuestiones de fondo

La muerte es una constatación empírica irrefutable. La historia de la humanidad ha contado siempre con ella. Como otros seres animados, el hombre nace para vivir, pero la muerte le sobreviene de manera inevitable. El hombre siempre se ha preguntado sobre el sentido de la vida y de la muerte en

la existencia humana. Las respuestas son innumerables. Las ciencias han ido presentando sus aportes. Las filosofías y las religiones presentan también sus explicaciones. La muerte no encaja en la vida humana. ¿Qué es en verdad la muerte? Hay muchas expectativas.

Si la muerte es, en cualquier caso, el fin inevitable de la vida sobre la tierra, ¿es también el fin absoluto de la vida? ¿Caemos en la «nada» del no ser? ¿O hay algo inevitable después de la muerte? El yo que ahora pienso que soy, ¿será el mismo después de la muerte? Si continúo viviendo en el «más allá», esa vida, ¿tiene algo que ver con la que vivo ahora? ¿Es una vida «eterna» la que me espera, o una historia sin fin en el tiempo de nacimientos y muertes? ¿Cuál es el futuro que me espera? No se trata de cuestiones baladíes; son preguntas que nos preocupan a todos. Es importante dar con la solución verdadera. Esta pasa necesariamente por la creencia en la reencarnación o la fe en la resurrección. Estas dos soluciones presuponen la existencia de la vida después de la muerte. Se cree en el «más allá», pero sigue siendo la gran pregunta.

Pero también se nos presentan otras cuestiones. Nos preocupa el mal y la injusticia que hay en el mundo, la desigualdad que reina entre las personas, y lo inevitable que es el sufrimiento y el dolor. ¿Habrá una razón de todo ello que no radique en Dios sino en nosotros mismos? La vida no presenta una igualdad de oportunidades para todos. Existe precisamente la experiencia de las oportunidades perdidas, de las propias limitaciones y de las numerosas posibilidades que no se alcanzarán en una vida. Sería por tanto lógico pensar que deben existir otras oportunidades mejores para los que no las tuvieron. ¿Es lógico pensar que en una vida tan breve en la tierra se juegue el destino definitivo de una persona? ¿No habrá que pensar más bien que tiene que haber otras vidas después de la muerte, en las que se recupere lo que no se logró en una pobre y breve vida?

Nos preocupa también nuestra vinculación con los antepasados, con los amigos y con las personas a quienes queremos, más allá de los límites de la muerte. ¿Podremos contar con su comunión, esperar en su protección, gozar nuevamente de su presencia?

Finalmente conocemos, tanto en Oriente como en Occidente, la idea de un camino de purificación, en el cual nos vamos desligando de nuestras

acciones anteriores (sean culpables o no) de todo egocentrismo y de toda superficialidad. ¿No podrá ser una solución el retorno a la gran conexión del cosmos? Esa expectativa religiosa constituye para la reencarnación el argumento central. En el cristianismo hablamos de purgatorio, incluso después de la muerte, para entrar limpios en el cielo.

Todas estas cuestiones, en última instancia religiosas, pretenden encontrar la solución en la reencarnación o en la resurrección judeocristiana. Nuestro propósito es presentar críticamente estas dos soluciones. Dado su influjo en nuestro mundo occidental, en un primer momento, abordaremos el tema de la reencarnación en sus versiones orientales (hinduismo y budismo), y sólo después estudiaremos algunas de sus variantes occidentales, desde la cultura griega hasta la sociedad moderna.

I.- REENCARNACION

- Reencarnación en el Hinduismo

Ante todo habría que tener una idea aproximada del Hinduismo para acercarse a la comprensión de la reencarnación en él. Pero, según afirman los propios hindúes, el hinduismo es más un haz o un conjunto de religiones que una religión propiamente dicha. No resulta pues fácil circunscribirlo o definirlo.

En un enfoque histórico, podemos distinguir cuatro grandes períodos de la evolución del fenómeno religioso hindú.

1) Período védico

El período védico (norte de la India) o dravídico (sur de la India) se extiende desde el año 2000 a.C., hasta el año 600 a.C. Mientras que en el subcontinente indio en su conjunto se continúan practicando los cultos locales, los arios llegan a la cuenca del Indo en el segundo milenio antes de nuestra era e inician una lenta progresión que les conducirá a la cuenca del Ganges, donde se instalaron definitivamente.

Durante este período, entre los arios y en las regiones de influencia aria se elabora toda la literatura en sánscrito designada globalmente con el nombre de Veda o «saber», que totaliza los conocimientos adquiridos en los terrenos

litúrgico y teológico. A esta religión se le conoce con el nombre de vedismo. Las principales características de esta religión son: un cierto politeísmo de hecho, ya que no de espíritu; la importancia capital del sacrificio; la creciente complejidad de la liturgia y la progresiva aparición de una especulación filosófica y teológica. La sociedad india de la época se encuentra ya estructurada, al menos en el norte, en el sistema de castas, cuyo origen es indoeuropeo.⁵

El texto más antiguo existente, el Rig Veda, compuesto hacia el año 1000 a.C., contempla la muerte como parte inevitable del caos, algo que se ha de evitar en la medida de lo posible. Este texto ofrece varias pero no necesariamente contradictorias imágenes de un más allá vago pero placentero. El muerto puede fundirse de algún modo con un cuerpo glorioso, probablemente en el cielo; su cuerpo mortal puede en cierto modo purificarse y ser restaurado por el fuego y unido con sus antepasados, también presumiblemente en el cielo; las partes del cuerpo pueden dispersarse a los elementos del cosmos, o puede volver al vientre suave de la madre tierra. En ninguna parte, sin embargo, se dice explícitamente que ha de renacer en la tierra bajo ninguna forma. No se habla de reencarnaciones.

2) *Los Brahmanas*

Los textos que siguen a los Rig Veda son los Brahmanas, y fueron escritos hacia el año 900 a.C. La muerte es más explícitamente temida, pero también más explícitamente transcendida. Superar la muerte es la preocupación central de los Brahmanas. Una escuela importante de la filosofía hinduista se esfuerza por no renacer. Se prefigura una serie real de nuevos nacimientos y nuevas muertes. Esto ha chocado a muchos pensadores occidentales como una actitud pesimista; estos hindúes estarían derrochando no sólo la vida presente sino todas esas potenciales vidas futuras, cometiendo como una especie de suicidio múltiple.⁶

3) *El renacer en los Upanishads*

La primera discusión explícita de la doctrina del renacer en la literatura india tiene lugar en los Upanishads, compuestos a partir del 700 a.C. La recurrente pérdida de felicidad es el problema central de esos escritos. Tienen una comprensión completamente diferente de la muerte. La vida es caos, un

sueño, mientras que la muerte (o la liberación final de la vida) es orden, un sueño sin ilusiones. Desde el mismo principio, la idea de que la transmigración tenía lugar, fue seguida inmediatamente de otras dos ideas: que era posible que algunas personas se vieran libres de ella y que era deseable para ciertas personas liberarse de ella.

Veamos un texto importante: “Y así todos los que se portaron bien aquí encontrarán, en general, un amable vientre, el vientre de un brahmín o el vientre de un kshatriya... Pero aquéllos cuya conducta aquí es pestilente, encontrarán, en general, un cuerpo fétido, el vientre de un perro o el vientre de un cerdo o el vientre de un intocable. Entonces se convierten en esas diminutas criaturas que no van siquiera por una de estas dos sendas, sino que están constantemente retornando. ‘Nacer y morir’, ésa es la tercera condición. Y por eso, el mundo (del cielo) del más allá no está al completo. Y uno tendría que protegerse de ello... Quien conoce esto se hace puro, se purifica, y gana un mundo de mérito, si realmente conoce esto”.⁷

Hay por tanto dos senderos: uno para las personas que quieren salirse de la rueda y otro para los que no quieren. Todos estamos sobre la rueda de la muerte repetida, la transmigración (samsara), pero no todos están totalmente de acuerdo sobre si es bueno o malo estar sobre la rueda o si es mejor decidirse por abandonarla, si es que uno quiere liberarse.

4. La reencarnación en los Puranas

En el período medieval - hacia 500-1000 d.C. - el concepto filosófico de reencarnación desarrollado en los Upanishads se plasmó en narraciones sobre la reencarnación.

Algunos textos de este período reactivan las implicaciones de la teoría del karma (acción), la teoría de que las acciones que una persona realiza en vida, para bien o para mal, dejan huellas en el alma, y la naturaleza de estas huellas determinará la naturaleza del renacer de esa persona. También se desarrolla una escatología. En el caso del cielo/infierno y renacer, se decía simplemente que, después de la muerte, el alma que se reencarna toma una de las dos sendas: si el buen karma predomina sobre el karma malo, el alma va primero al infierno durante un período relativamente breve, donde agota o consume su mal karma siendo atormentada, y después, al cielo durante un período, donde goza de los

frutos del buen karma. En ambos casos, después que las dos clases de karma se han consumido, el alma renace en un puesto determinado de la vida por el equilibrio original del buen o mal karma. La reencarnación en la mitología y filosofía hindúes posteriores siguieron contando historias y elaborando teorías sobre la reencarnación.⁸

Reencarnación o samsara (transcurso circular) en el hinduismo designa el “torbellino incesante de nacimientos y muertes en el que están enredados todos los seres vivos”. A los que encuentran el modo de liberarse de ese torbellino y se lo enseñan a otros se les llama tirtamkara o abridores de caminos. La preocupación central es la liberación y establecer los medios para lograrla.⁹

Algunos gurus y swamis han tomado la iniciativa de viajar a occidente, a donde han importado sus doctrinas, corrigiéndolas y adaptándolas a menudo al gusto de los occidentales (la meditación trascendental) o favoreciendo la implantación de movimientos como la secta de Hare Krisna. En cualquier caso, lo mejor sería llegar a las grandes intuiciones, como la importancia del dharma, la primacía del Todo (holismo) sobre la parte, del cosmos sobre el hombre, de la liberación sobre la condición de servidumbre de las reencarnaciones.¹⁰

Reencarnación en el budismo

El budismo es una religión histórica, con un fundador, Buddha, circunstancia que lo diferencia profundamente del hinduismo, en el seno del cual apareció a finales del siglo VI a.C., al mismo tiempo y en la misma región que el jainismo. El siglo VI es un período de gran efervescencia intelectual en el norte de la India. En ese mismo tiempo florece la filosofía en el margen oriental de Grecia, vive Confucio en China e Isaías realiza su misión profética entre los hebreos.

En la India, la élite intelectual se planteaba profundas cuestiones: el mundo, ¿es eterno a de duración limitada?, ¿es limitado o infinito? ¿Subsiste el yo tras la muerte? Y si subsiste, ¿permanece consciente, o inconsciente? ¿Está provisto de forma, o desprovisto de ella? ¿Es finito o infinito? ¿Es feliz o desgraciado? ¿O se destruye completamente, como el cuerpo, después de la muerte?¹¹

De todo caso, el budismo no admite un alma que trasmigre de un cuerpo a otro. Lo que une dos vidas es la conciencia, un proceso mental. Sin ser un alma inmortal, es un continuo, pero no absolutamente idéntico con lo que existía en la vida precedente, de manera que la reencarnación significa realmente «neo-transformación». De aquí que lo renacido no es ni lo mismo ni distinto.

También para el budismo el karma es, por decirlo de algún modo, el motor del renacimiento (samsara). Es preciso pues vaciarse del karma para liberarse del ciclo de renacimientos. Al mismo tiempo niega con fuerza la existencia del alma (atman, yo), individual o universal, y, por tanto, ya no es el conocimiento del atman lo que puede procurar la liberación total; es un acto de sabiduría que apague todo deseo y toda volición de pasiones cortando de raíz la causa de todo deseo egoísta: la ilusión de la existencia de un yo. El karma es la energía vital producida por todos los actos voluntarios, buenos o malos, pero con un mayor o menor viso de egocentrismo, que sustentan la sed de la existencia.¹²

Las Escrituras hinduistas, los Veda y los Brahamanas, reflejan una religiosidad cósmica, en relación con la visión rural del mundo, en el que habían nacido. Su característica principal era la centralidad del hogar, el espacio sagrado, en que el matrimonio y el sacrificio se convirtieron en el centro cúlrico de la organización socio-cultural y político-económica. El matrimonio vino a ser así el supremo ritual sacrificial que perpetúa la creación por medio de la procreación. En esta visión del mundo, por tanto, la inmortalidad es la continuación física del padre en su propia descendencia. En otras palabras, la inmortalidad es el repetido renacer de uno en este mundo y en la propia progenie. El acto procreativo es el rito sacrificial (karma) que causa la inmortalidad cósmica.

Pero con el budismo se da un “giro paradigmático” de naturaleza drástica. El bosque budista, en contraposición a la aldea védica, era el lugar donde mucha gente de las nacientes ciudades iba en busca de liberación del mundo, el mismo mundo desde el que la cultura de la aldea adquiriría inmortalidad. Pero la inmortalidad buscada y encontrada en el bosque era metacósmica, esto es, más allá de este mundo. Esto significaba que los poderes cósmicos (dioses) quedaban degradados. Lo metacósmico es también metateístico.

El nuevo paradigma garantizaba también la propia individualidad contra la colectividad del grupo. Así no sólo los hombres sino también las mujeres

podrían ser individuos libres. El renacer era un vagar del individuo en el mundo, más que la continuidad biológica del varón en su descendencia. Paradójicamente, la inmortalidad se concebía como el Único Absoluto y el Yo Real dentro del cual el yo individual parecía desvanecerse en su existencia ilusoria. Los que entran en ese estado de inmortalidad no renacerán más en este mundo dominado por el karma védico. El celibato es garantía del estado de inmortalidad. Así se sembró la semilla del monasticismo asiático. Lo que en definitiva garantiza la liberación es el conocimiento salvífico de la Verdad liberadora. El camino de la gnosis lleva a la inmortalidad.

El Renacer se considera como una experiencia en un horizonte metacósmico. En el budismo, el clímax de la evolución cósmica del ser a través de muchas vidas es el estado humano único que puede alcanzar lo metacósmico. La persona humana se define como un ser cósmico capaz de una búsqueda metacósmica. El renacer constituye, por tanto, la lucha personal y cósmica para la liberación total o nirvana. Las masas budistas están saturadas de esta soteriología gracias a los medios populares que reactivan y pintan “las quinientas cincuenta reencarnaciones” que prepararon al futuro Buddha para su liberación final. En el sudeste asiático, una “budología ascendente” que enfatiza el origen humano del Buda, constituye el marco de una catequesis popular en que se presenta el renacer como una oportunidad para el progreso espiritual por medio del esfuerzo personal.¹³

- La metempsicosis griega

La riqueza de las tumbas y la importancia otorgada en Homero a los ritos funerarios indican una creencia en la supervivencia del hombre en el más allá. Esta vida de ultratumba, sin embargo, es sólo el pálido y triste reflejo de la vida terrestre, que las sombras no cesan de lamentar. Este destino común tiene, sin embargo, una excepción: Menelao, yerno de Zeus, es transportado por los dioses al paraíso transmarino de los Campos Elíseos, donde se vive una existencia feliz.

La escatología, influída por la religión de los misterios eleusinos y dionisiacos, lleva también el sello de los temas dualistas propios del orfismo: reencarnación de las almas, premio de los buenos y castigo de los malos.

Platón, heredero de todo este complejo de creencias y especulaciones

sobre antiguos símbolos, los refunde adaptándolos a su filosofía idealista y a su moral. Después de su separación del cuerpo, el individuo sufre un juicio personal que decide de su suerte futura. La mayor parte de las almas, tras un período de purgación, deben parar por una nueva encarnación que cada cual puede elegir.

También hay quienes se hunden definitivamente en el Tártaro para sufrir allí el castigo ejemplar de sus delitos, mientras que las almas completamente purificadas acceden a una inmortalidad bienaventurada consistente en la contemplación intelectual, estética y religiosa de las realidades celestes y divinas.¹⁴

- Reencarnación en la gnosis moderna

Como hemos dicho en la introducción, la creencia en la trasmigración de las almas de una a otra encarnación, no es un fenómeno marginal, ni siquiera en occidente, o una creencia exclusiva de espiritistas, ocultistas o adeptos de la religiosidad de la Nueva Era. Esta creencia forma parte de nuestro universo cultural. Lo importante es saber en qué radica el atractivo de esta doctrina.¹⁵

La literatura sobre esta materia es muy abundante. Basta con echar una mirada en las librerías. Para nuestra exposición nos fijaremos especialmente en un libro de reciente aparición en castellano.¹⁶

Este libro se dirige a todos los hombres de buena voluntad que se plantean la pregunta: «¿Qué hay después de la muerte?». Y más concretamente, ¿nos reencarnaremos después de la muerte?

La creencia en la reencarnación es antigua, extendida y seductora. Además de los adeptos a la Nueva Era en un sentido análogo a la pertenencia a una iglesia, existe el ethos de la Nueva Era como un talante que predispone al individuo a cierto aventurismo espiritual, que lleva hacia las creencias en la reencarnación. En los últimos decenios de la modernidad, se están viviendo traumas que dejan como resultado un vacío espiritual en el que irrumpieron los gurus orientales y todos los que pretendían ser portadores de una sabiduría que le había sido transmitida por los representantes contemporáneos de unas antiguas escuelas místicas precristianas o simplemente no cristianas.

¿Es la reencarnación una opción tranquilizadora ante la muerte? Para

afrontar esta cuestión la reencarnación parece ofrecer una conducta tranquilizadora. Las religiones aportan diferentes respuestas: hay religiones de sabiduría, como el budismo, y religiones de la salvación, como el cristianismo. Y entre las conductas tranquilizadoras que proponen, la perspectiva de la reencarnación es una de las mejor adaptadas. Permitiría abordar con mayor serenidad el pensamiento traumatizante de su inevitable venida, ya que no sería más que un paso antes de una nueva existencia; en una buena tierra. El final del milenio sería menos inquietante porque el universo sería cíclico y eterno retorno, que nos conduciría a recomenzar el ciclo de nuestras existencias. Esta creencia calmaría también el dolor por la separación de un ser querido. ¿Podiera ser que nos encontráramos en otras existencias? ¿Podiera ser que pudiéramos entrar ya en comunicación con ellos, en este espacio de tiempo en el que, como almas errantes, esperan para reencarnarse?

¿Por qué se cree en la reencarnación? Para los occidentales, al menos, daría razón de las injustas desigualdades de la existencia y ofrecería la oportunidad de la realización plena de uno mismo. Sería un antídoto contra el racismo y favorece la protección del medio ambiente.¹⁷

Se trata de un esquema común en concepciones muy distintas. Ya hemos expuesto antes los modelos hinduista, budista y griego. Para el hinduismo, librarse de la reencarnación es el objetivo central de la existencia. El budismo busca por todos los medios detener la rueda de las reencarnaciones, y para ello cada uno debe apagar en sí mismo la «sed» del deseo. El instante de la muerte es la última oportunidad de liberación del ciclo de reencarnaciones «despertándose» al conocimiento de su verdadera naturaleza. Alcanzará la liberación si sabe entonces reconocer la Luz fundamental que es la esencia increada del espíritu, la estructura misma del ser.¹⁸

- Esquema occidental

La reencarnación fue introducida a comienzos de siglo en el ámbito de la intelectualidad occidental por la Sociedad Teosófica, los círculos espiritistas y ocultistas. Entre éstos se encuentran la Antroposofía, los diferentes Rosacruces, la Hermandad Blanca Universal, el Graal, la Espiritualidad Viva, la Orden Martinista Tradicional, la Cienciología, Atlantis, Nueva Acrópolis, El Nuevo Pensar, Ciencia Cósmica, etc. Se trata de una construcción del

modelo hindú, introducida en sincretismos frecuentemente ajenos a su espíritu y mezclada con las tradiciones esotéricas-ocultistas.

Esto proporciona un esquema global de lo que hay «después de la muerte», que es recibido como verdad indiscutida en la mayor parte de las nuevas sabidurías y religiones de la Nueva Era: se recoge lo que se ha sembrado, no hay ni perdón ni redención; las diferentes reencarnaciones siguen un proceso ascendente: nunca se vuelve a niveles inferiores de existencia; la reencarnación es un medio de realización de sí mismo y de salvación del que somos los únicos artífices (radicalmente opuesto al cristianismo); se prueba científicamente por la parapsicología y las experiencias espiritistas, puesto que el mundo espiritual obedece a unas leyes precisas.¹⁹

Un modelo doctrinal común sirve de base dogmática a cada uno de estos movimientos: el universo está elaborado a partir de una materia única, divina; todos los seres han emanado de Dios siguiendo un proceso de descenso progresivo desde el Espíritu-Energía hasta la materia; el proceso de transmigración de las almas traduce el movimiento de lento ascenso hacia el Espíritu divino. Este es el credo base del esoterismo: un panteísmo con sabor platónico y no cristiano. Incluye como algo natural la reencarnación. Esta restablecería la justicia. La ley del karma explicaría el destino individual y restablecería la justicia.

¿Hay pruebas científicas de la reencarnación?

El elemento más nuevo y original de la reencarnación, según el esquema occidental, es la convicción de que se pueden aportar pruebas científicas, experimentales de ella. Existiría un recuerdo, psíquico y fisiológico, de las existencias anteriores, y habría «espíritus», algunos «desencarnados» en espera de reencarnación y podríamos entrar experimentalmente en comunicación con ellos.

Los occidentales son muy aficionados a este tipo de demostraciones «científicas». Pero, de hecho, se sale fácilmente del dominio de la ciencia para entrar en el de la creencia. Se puede hacer una lista de testimonios que permiten comprender que esta creencia es verosímil. Como indicios de credibilidad no podemos tratarlos con un presuntuoso encogernos de hombros.

Napoleón declaraba a sus íntimos que él había sido Carlomagno en una existencia anterior. El general Patton pensaba que había adquirido su ciencia militar en otros campos de batalla. Jack London escribió: “Yo crezco y me desarrollo desde hace milenios, y cada una de mis identidades precedentes me aporta su voz, su eco y su impulso”.

La impresión de ya-visto y ya-vivido es frecuente. Numerosas observaciones realizadas con todas las garantías de objetividad científica, testimonian claramente la existencia de una especie de memoria del pasado, o de conocimientos organizados de origen desconocido.

La reencarnación parecería la mejor explicación del proceso de evolución creciente del hombre desde sus orígenes. ¿Se trata de recuerdos de vidas pasadas? Sin entrar en un estudio detallado de casos, nos remitimos al trabajo presentado en la revista ITER sobre la doctrina del Dr. Brian Weiss, psiquiatra norteamericano, que recurre a la terapia hipnótica que le permite alcanzar recuerdos de vidas pasadas del paciente. En los supuestos «recuerdos» de vidas pasadas puede tratarse de simple reminiscencia: es decir, un recuerdo olvidado que se reactiva por una sensación presente.²⁰

Hay muchos hechos que todavía no han recibido una explicación adecuada. Quedémonos, por ahora, con la conclusión de J.L. Siémons: “No está probado que exista la reencarnación: se han reunido presuntas pruebas, pero no hay ninguna que sea irrefutable. Se trata de una creencia, no de una prueba científica”.²¹

Dentro del contexto abiertamente pelagiano del pensamiento y las actitudes globales de la Nueva Era contemporánea resulta muy problemática la función de la reencarnación. Muchos seguidores de la New Age la han convertido una vez más en una gran industria dedicada a satisfacer las demandas de los hambrientos de espiritualidad. El “maestro ascendente” «Lazaris» reúne a millares de asistentes a sus seminarios en EE.UU. (un curso intensivo de cuatro días cuesta 600 dólares). A través de una empresa promocional llamada “Concept Synergy” comercializa un catálogo de 32 páginas en que se ofrecen cintas magnetofónicas, de video y libros. El mensaje básico se reduce a una especie de “psicología pop”: hay que romper con la “ley tenebrosa” de la creencia infantil en que la vida tiene que ser dolorosa y trágica en lugar de feliz, placentera y llena de éxitos. Cuando el problema del cliente

no parece tener sus raíces en esta vida, «Lazaris», con el mayor desparpajo, sitúa la dificultad en una existencia anterior. El clímax de los seminarios es una meditación en que se promete a los participantes que podrán conectar con la energía transformante de Sirio, la estrella más brillante de nuestro hemisferio. Se asegura que la energía de Sirio ofrece la clave de la felicidad, que se define como la “creación de tu propia realidad”.²²

Es interesante el comentario del autor citado. “Para un católico, educado en la fe en los ángeles de la guarda o acostumbrado a tomar en serio a los profetas bíblicos, la idea de la mediación no presenta dificultad alguna en sí misma. La Biblia está llena de estos casos. El problema surge aquí a propósito del contenido de esa revelación, que suena como la voz de un Ronald Reagan redivivo, para quien la experiencia religiosa es un asunto para consumo estrictamente privado, sin ninguna proyección social redentora. El mensaje va calando suavemente en un auditorio favorablemente predispuesto, muchos de cuyos componentes se sienten ya perfectamente “liberados” de historias familiares y sociales. No hay en ello nada de extraño, dado lo que en este contexto narcisista se entiende por crear la propia realidad, es decir, que los hambrientos, los enfermos y los desposeídos han elegido ellos mismos esa realidad (es decir, que rechazaron la energía de Sirio), del mismo modo que los ricos, los triunfadores, los guapos y los inteligentes han elegido la suya. La consecuencia es clara: los países del Tercer Mundo se encuentran en una situación terrible porque sus habitantes son un puro desecho espiritual... Lo que destaca en todos estos manipuladores de la Nueva Era es el narcisismo, junto con la impresión de que todos los seres astrales de que hablan estudiaron en la Facultad de Ciencias Económicas de Harvard”.²³

II.- RESURRECCION

Hasta ahora no hemos abordado el tema central de la resurrección en el pensamiento cristiano. Para ser más claros podríamos preguntarnos: ¿resucitaremos después de la muerte?, ¿habrá vida eterna?

La creencia en otra vida después de la muerte se reparte, aproximadamente, en partes iguales entre dos grandes concepciones del hombre y del mundo. Para una, después de la muerte se atesora una sucesión de existencias nuevas, siguiendo el ritmo de la ley de la reencarnación. Para

la otra, la vida de aquí abajo continúa en una vida eterna, en el más allá bajo una forma radicalmente nueva, pero en la misma continuidad personal, el paso de una a la otra se realiza por la resurrección del ser humano en su integridad.

Ya hemos hablado de la creencia reencarnacionista en el hinduismo, budismo orientales y en sus versiones occidentalizadas. El cristianismo, por su parte, se sitúa como continuación del judaísmo. Por eso no se entiende la fe cristiana en la resurrección más que re-situándola en continuidad con el pensamiento judío. Es necesario, por tanto, seguir un poco su génesis recorriendo la historia del Pueblo de Israel a lo largo de la Biblia. Y después escucharemos los relatos de quienes fueron testigos de la nueva existencia de Jesús de Nazaret después de su muerte.

¿Admite la Biblia la reencarnación?

Pero antes de exponer la doctrina cristiana sobre la resurrección, en los modestos límites de este trabajo, tendríamos que preguntarnos si la Biblia conoce o admite la doctrina reencarnacionista. ¿Existe en los textos bíblicos algún pasaje que nos permita pensar en una posible reencarnación? ¿Hay fundamentos cristianos de la reencarnación?

1) Ante las concepciones orientales

En primer lugar podemos dialogar con las concepciones orientales de la reencarnación. Para ello tomaremos en consideración un estudio que hace el mismo planteamiento.²⁴

El caso más conocido en el AT es el del profeta Elías: “Iban caminando mientras hablaban, cuando un carro de fuego con caballos de fuego se interpuso entre ellos; y Elías subió al cielo en el torbellino” (2Re 2,11). Este texto se ha prestado a las más variadas interpretaciones, también reencarnacionistas.

¿Volvió Elías a reencarnarse? El profeta Malaquías dice: “He aquí que yo os envío el profeta Elías antes que llegue el día de Yahvé, grande y terrible” (3,23). Malaquías no habla de una reencarnación en otro cuerpo, sino de la vuelta al final de los tiempos del profeta elegido. Y en el libro del Eclesiástico se dice: “Después surgió el profeta Elías como fuego, su palabra abrasaba como antorcha”(48,1). Surge, pues, el mismo personaje, pero dentro de una

misma «encarnación». No se trata, por tanto, de reencarnación. Elías fue arrebatado por el poder de la divinidad transcendente. La reencarnación, tal y como la entiende la concepción reencarnacionista oriental, nada tiene que ver con todo lo aquí expresado. Elías, si hubiera vuelto a este mundo, lo habría hecho con su mismo cuerpo, ya que es él y no otro el que la tradición bíblica asociaba con su presunto regreso.

Pero planteemos el mismo caso en el NT. Este es de cuño netamente resurreccionista. Ciertamente que invita a suspirar por el retorno de Jesús a este mundo. Pero no se trata de un personaje vertido en otro cuerpo.

En lo que concierne al tema de la reencarnación, nuevamente se presenta la figura de Elías, relacionada con el Bautista en Mt 17,10-14 y Mc 9,13. En ambos casos la tesis de la reencarnación se supondría conocida, pero no asumida. Lo mismo sucede cuando identifican a Jesús con Juan Bautista o con Elías. Los cuatro evangelistas parecen conocer la reencarnación, pero no la admiten. Más bien la rechazan abiertamente con la propuesta de la resurrección (Cfr. Jn 1, 19-28).²⁵

2) *Ante el reencarnacionismo espiritista occidental*

Los reencarnacionistas orientales no tienen ninguna pretensión de ver confirmada su doctrina por la de la Biblia. Sin embargo, entre numerosos grupos que, en América Latina, tratan de propagar la filosofía de la reencarnación (espiritistas, umbandistas, rosacruces, teósofos, antropósofos, esoteristas, gnósticos, yoguistas, ocultistas, etc.) es lo más común afirmar que la pluralidad de las existencias humanas sería una doctrina cristiana, enseñada por el mismo Jesucristo.²⁶

El codificador del moderno Espiritismo²⁷ escribe en *El Libro de los Espíritus* (n. 222): “El principio de la reencarnación se deduce de muchos pasajes de las Escrituras y se encuentra notoriamente formulado de un modo explícito en el Evangelio”.

«Sistematizando, tenemos en estas palabras del codificador del reencarnacionismo occidental estas cinco tesis: 1) que la reencarnación hacía parte de los dogmas de los judíos; 2) que la palabra «resurrección» es simplemente otro término para «reencarnación»; 3) que en su mayoría los principios del Evangelio son ininteligibles sin el principio de la reencarnación;

4) que Juan Bautista era la reencarnación del profeta Elías; 5) que en Jn 3,3 Jesús enseñó formalmente la necesidad de la reencarnación; y que, por consiguiente, ‘negar la reencarnación es negar las palabras de Cristo’». ²⁸

La filosofía reencarnacionista está siendo propagada entre los católicos de América Latina como doctrina cristiana.

Aunque no hay unanimidad entre los reencarnacionistas sobre una cantidad de cuestiones secundarias, es, sin embargo, posible formular de modo resumido sus postulados fundamentales en estos cuatro puntos:

a) Pluralidad de las existencias terrestres: nuestra vida actual no es la primera ni será nuestra última existencia corporal.

b) Progreso continuo hacia la perfección: la ley del progreso impele al alma siempre hacia nuevas vidas y no permite, no sólo ningún regreso, sino que ni siquiera admite un estacionamiento definitivo de condenación sin fin.

c) Conquista de la meta final por méritos propios: en cada nueva existencia el alma avanza y progresa en la proporción de sus esfuerzos personales; todo mal cometido será reparado con expiaciones personales, sufrimientos por el mismo espíritu en nuevas y difíciles reencarnaciones.

d) Definitiva independencia del cuerpo: en la proporción en que avanza en la incesante conquista hacia la perfección final, el alma, en sus nuevas reencarnaciones, asumirá un nuevo cuerpo, siempre menos material, hasta llegar al estado definitivo, en el cual vivirá para siempre, libre de cuerpo e independiente de la materia. ²⁹

Es imposible en este momento entrar a discutir todas y cada una de las proposiciones fundamentales aquí presentadas. Muy en resumen diremos:

1) Jesús nunca propuso una pluralidad de vidas terrenas. La única vida tiene un valor decisivo para toda la existencia posterior a la muerte. “Está establecido que los hombres mueran una sola vez, y luego el juicio” (Hb 9,27). Es la afirmación explícita de la unicidad de la vida terrestre contra el postulado reencarnacionista de la pluralidad de las existencias.

2) La ley del progreso irreprimible y universal para la perfección de los reencarnacionistas choca de frente con la doctrina tradicional cristiana sobre el infierno. El dilema propuesto por ellos es incisivo: “o admitimos la ley del progreso (y, por ende, la reencarnación), o admitimos el dogma de la eternidad

del infierno (y, por consiguiente, rechazamos la palingenesia). Los dos no pueden coexistir”.³⁰ No hay duda de que en la doctrina cristiana sobre la posibilidad de un estado, sin remedio y sin fin, de exclusión de la «vida eterna», hay aspectos muy difíciles de entender. Ahora no vamos a entrar en el problema. Por otra parte, sería necesario aclarar mejor lo que se entiende por progreso ilimitado del hombre en esta y en otras vidas.

3) Según los reencarnacionistas, el alma o espíritu debe reencarnar principalmente por dos motivos: para expiar sus pecados y para progresar incesantemente. Tanto la expiación como el progreso deben ser merecimientos personales, conquistados por esfuerzos propios y no en virtud de méritos ajenos. Sin entrar en mayores precisiones, hay que afirmar que esta doctrina choca con la doctrina católica de la gracia. Estamos ante dos soteriologías opuestas: la reencarnacionista que defiende una autorredención, y la cristiana que sostiene la salvación gratuita que nos viene de Dios, aunque el hombre deba cooperar para ello.

Los kardecianos sostienen que el alma, mejor el espíritu, vive en el más allá una vida definitivamente independiente del cuerpo o de la materia. El espíritu, llegado al fin de las innumerables nuevas vidas corporales, vivirá para siempre libre del cuerpo material. Ese es el espíritu bienaventurado. Tienen una concepción estrictamente dualista o platónica del hombre. El alma es independiente del cuerpo. Por tanto el estado de separación del cuerpo es el estado normal y definitivo del alma. Coherentemente, niegan la doctrina cristiana de la resurrección. Niegan también la resurrección de Jesucristo.

Todos los cristianos desde el tiempo de los Apóstoles profesan su fe en estas palabras: “Creo en la resurrección de la carne”. Esta afirmación de fe pertenece explícitamente al credo cristiano. Kardec afirma que la ciencia demuestra la imposibilidad de la resurrección corporal. En lo que efectivamente hay cierta dificultad es en la afirmación de la identidad del cuerpo resucitado con el actual. De acuerdo a las Escrituras (1 Cor 15,37-38 y 42-44) no es necesario afirmar una identidad material absoluta, como si todos los átomos y moléculas que alguna vez hicieron parte de nuestro cuerpo tuviesen que volver para formar el cuerpo resucitado. Esto tampoco se da durante la vida terrestre de acuerdo a la ley del metabolismo. Y no obstante afirmamos con razón que nuestro cuerpo de hoy es idéntico al de hace diez o veinte años. Es una identidad material relativa, pero verdadera. •

Lo demás con relación al cuerpo resucitado lo dejamos tranquilamente a la omnipotencia divina. Al responder a las dificultades de los saduceos, que no creían en la resurrección de los muertos, Jesucristo les dijo: “Estáis en un error, por no entender las Escrituras ni el poder de Dios” (Mt 22,29). El Concilio Vaticano II confiesa: “Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo” (GS 39). Lo que nos fue revelado y de verdad es lo más importante es que habrá resurrección: el cuándo y el cómo son cuestiones secundarias.³¹

Después de haber confrontado brevemente la fe cristiana en la resurrección con las creencias reencarnacionistas de los orientales y de los espiritistas occidentales, podemos afirmar que el reencarnacionismo, sobre todo el espiritista, no tiene una base bíblica, aunque puedan encontrarse algunas huellas de su presencia a lo largo de la historia del pueblo de Israel, que nunca las integró en su fe judeo-cristiana.

- La resurrección según las Escrituras

En un diálogo interreligioso sobre un tema de tanta importancia para millones de creyentes, hemos de intentar que nuestro credo sea auténticamente universal. Esto nos lleva a un planteamiento crístico del problema. No en vano Cristo asume la humanidad para que ésta sea a su vez asumida en Dios. Desde la óptica divina, todo pluralismo queda plenamente unificado y universalizado. Millones de creyentes, al asirse a la tesis reencarnacionista, no admiten las formulaciones resurreccionistas. Y, a su vez, millones de cristianos, por aferrarse a la doctrina de la resurrección, rechazan como absurdo todo encuadre donde primen los criterios reencarnacionistas. ¿Cuál es la actitud católico-universal ante esta creencia al compararla con su fe en la resurrección?

La fe cristiana tiene sus antecedentes en el judaísmo. El AT resume sus convicciones en torno al «más allá» con un término escueto: «sheol». Y este concepto pierde todo su valor y todo su sentido en la tradición evangélica. ¿Por qué?

1) Doctrina del «sheol»

La creencia en un más allá de la muerte apareció lentamente en el

pensamiento religioso hebreo. El hombre no podía concebir una eternidad feliz. La felicidad del hombre consistía, pues, en vivir largos años en paz y prosperidad en esta vida. No obstante, la experiencia parece demostrar que no siempre el justo es más afortunado que el malvado. Con frecuencia el justo es desposeído de todo por ser fiel a Dios. Los profetas predicaban la eterna fidelidad de Dios para con el justo. Entonces va surgiendo la fe de que el hombre justo, si muere por Yahvé, va a encontrar una nueva vida. Ese sería el «día de Yahvé». De esta forma sencilla, pero razonable, Dios va abriendo nuevos caminos para que el hombre siga avanzando en su peregrinar. Sólo así estará en condiciones de entender que, tras la muerte, existe un compás de espera, un tiempo en el que los justos permanecen a la espera de recibir el premio garantizado. ¿Dónde se halla el hombre en el tiempo que media entre su muerte y su nueva vida? La respuesta es categórica: en el «sheol». Este es un lugar impreciso y oscuro cuya noción toman prestada los israelitas de los pueblos cananeos, los primeros ocupantes históricamente conocidos del país de Israel.³² Un más allá que es un compás de espera situado entre la muerte y la resurrección. El «sheol» era, en realidad, la patria donde los que murieron fieles a Yahvé, aguardaban la recompensa prometida. El Dios de Jesús, el Cristo, anuncia con su resurrección la llegada de ese «día de Jahvé». El sheol es una etapa intermedia entre la muerte fiel y la vida resucitada.³³

2) *Del «sheol» a la resurrección*

a) “La fe en la resurrección se desarrolló en época relativamente tardía de la historia de la tradición bíblica. Pero no es un cuerpo extraño en esa historia, sino que es expresión de elementos originarios de la fe en Yahvé.³⁴

La prueba textual más antigua y de contenido claro en favor de la fe en la resurrección de los muertos (“que duermen en el polvo de la tierra”) se halla en Dn 12,1ss. El libro de Daniel tuvo su redacción final entre los años 168 y 164 a.C. Esta fe en la resurrección tiene su origen en un aspecto clásico de la fe en Yahvé y que se fundamenta en la experiencia del éxodo y sus actualizaciones en la historia de Israel.

b) “El significado de la fe en la resurrección de los muertos no supone la antropología dicotómica con su idea de un alma inmortal del hombre, sino que se refiere enteramente al hombre corpóreo”.³⁵

La fe en la resurrección de los muertos no es consecuencia de opiniones antropológicas que afirman, por ejemplo, que el hombre, como ser espiritual, no se identifica con su existencia material; que, con arreglo a su genuina esencia, es inmortal; que el alma, como verdadero núcleo de la persona, está unida transitoriamente con el cuerpo material, y que el cuerpo retiene al alma como en una prisión y le impide ejercer su verdadera manera de ser.

Lejos de eso, la doctrina de la inmortalidad del alma es una doctrina secundaria y posbíblica en comparación con la doctrina de la resurrección, ya que la doctrina de la inmortalidad del alma lo que pretende es lograr un equilibrio entre la fe judeocristiana en la resurrección y la antropología helenista.

La resurrección de los muertos, según la antigua antropología judía, no queda al alcance de las disposiciones esenciales del hombre ni en sus posibilidades de desarrollo, porque no es ni un proceso natural ni un proceso sobrenatural, sino que es una acción de Dios en el hombre. Que un cadáver se levante de la tumba y siga viviendo como ser humano, es cosa imposible para nuestro pensamiento orientado hacia las ciencias naturales. Pero lo es también desde la perspectiva de la antropología del judaísmo antiguo. Por eso la fe en la resurrección es la expresión de la firme confianza en que Dios va a hacerlo.

Las especulaciones de textos más recientes sobre un estado intermedio, en el que las almas de los difuntos permanezcan en (distintas) habitaciones celestiales aguardando el día de su resurrección, y las correspondientes ideas tomadas de la cosmovisión helenística sirven para armonizar el enfoque original de la idea de la resurrección con la experiencia del tiempo que sigue transcurriendo.

c) “La resurrección de los muertos, en la tradición del judaísmo antiguo y en la tradición del cristianismo primitivo, se halla en relación íntima con la expectación del final escatológico de la historia frente al presente, que se experimenta como caótico, y afirma frente a él el sentido de la existencia histórica del hombre precisamente ante el sufrimiento de los justos”.³⁶

La resurrección de la carne no radica en la naturaleza del hombre creado como si fuera una posibilidad suya de desarrollo, como tampoco radica en ella el reinado de Dios en la historia humana. El reinado de Dios y la vida en la nueva era del reinado de Dios, según la cosmovisión de la apocalíptica, no son

resultado hacia el cual se vaya moviendo la historia humana, tanto individual como colectivamente. La fe en la resurrección de los justos es la fe en el reinado justo y gratuito de Dios, por encima de toda posibilidad humana.

d) “La fe del cristianismo primitivo en la resurrección de Jesús presupone la fe del judaísmo antiguo en la resurrección general de los muertos y la actualiza de forma constitutiva para la comprensión de Dios en el cristianismo primitivo”.³⁷

En la predicación de Jesús se habla de muchas maneras acerca de la venida del reino de Dios y de lo cerca que Dios está de su creación. Pero parece que la resurrección de los muertos no es tema central en todo ello. En la predicación del cristianismo primitivo, en cambio, el centro lo ocupan la muerte y la resurrección de Jesús. Esto es posible y se comprende porque entre la vida pública, la muerte y la resurrección de Jesús existe una relación íntima que se compendia en la fe en la resurrección de Jesús: “Lo resucitó de entre los muertos” (1 Tes 1,9 ss; Rom 10,9; 2 Cor 4,14; Gal 1,1; Rom 4,24). Aquí se reconoce la relación íntima que existe entre la acción de Dios en Jesús y la esperanza apocalíptica en la salvación de todos los justos o creyentes. Esta relación íntima hace que la acción de Dios en el Jesús crucificado se convierta en la revelación de su voluntad salvífica definitiva.

e) “Los relatos pascales de los evangelios del NT reflejan la importancia de Jesús bajo el aspecto de la participación mediante el conocimiento de la revelación”.³⁸

La crítica racionalista radical de la Biblia tiene razón con su tesis de que los relatos de Pascua no tienen fuerza probativa, como testimonios históricos, para demostrar la resurrección de Jesús. Estos relatos deben ser leídos como testimonios de fe, y no como relatos de hechos históricos. Precisamente por eso la resurrección de Jesús, como tal, no se narra en ninguna parte de los evangelios como un suceso histórico, cuyas huellas pudieran exhibirse más tarde en el museo de antigüedades bíblicas, gracias a haber sido retenidas por los evangelistas. Esto no significa que el suceso de la resurrección no haya sido real, sino que no es histórico en el sentido racionalista. Jesús no está vivo sólo en el recuerdo de los creyentes cristianos, sino que la fe de éstos testimonia que Jesús realmente está vivo con una vida de novedad absoluta. Treinta años después de la muerte de Jesús, su resurrección no es negada por ninguno de los primeros cristianos.

Todos los evangelios narran la resurrección de Jesús como el acontecimiento en el que la voluntad divina de consumación de la historia se revela mediante la liberación del hombre, que pasa así de la muerte a la vida. Con ello se confirma definitivamente y se apropia como conocimiento (cumplimiento) el correspondiente conocimiento de la esperanza de Israel basada en sus experiencias históricas con Dios (promesa).

f) “El enfoque antropológico totalista de la fe del judaísmo antiguo en la resurrección de la carne no se abandona en el contexto de las soteriologías del NT”.³⁹

Con la fe del cristianismo primitivo en la resurrección de Jesús se asocia la expectación de la cercanía de su nueva venida (la Parusía) como Hijo del hombre y juez, que viene a traer definitivamente el reinado de Dios.

La idea del destino individual de los difuntos queda primeramente relegada a segundo plano detrás de la expectación eufórica de la proximidad de la parusía. Pero luego la confrontación con la experiencia de la muerte dentro de las comunidades cristianas vuelve a encontrar en la perspectiva cristológica una posibilidad específica de expresar una esperanza que trasciende la muerte: “Los muertos en Cristo” (1 Tes 4,16), no están en un lugar donde permanezcan en el más allá en un lugar que pudiera visitarse en viajes imaginarios al cielo, sino que lo de “en Cristo” designa la novedad de la existencia de los creyentes que se experimenta como la comunión entre vivos y muertos más allá de la muerte superada en Jesús.⁴⁰

No hay posibilidad de volatilizar la concepción antropológica totalista de la resurrección como resurrección de la carne. Como enseñan Pablo (1 Cor 15, 42.50-55) y Jn (11,25-44), la confesión de fe de que los creyentes han resucitado ya desde ahora y de que no morirán en la eternidad no puede desligarse de la esperanza concreta de que, en la resurrección de los muertos, el hombre entero será liberado como criatura de la muerte. El futuro esperado no se concibe como desligado de la existencia corpóreo-personal y social del creyente en la actualidad presente, sino como consumación congruente de ese futuro que es obra de Dios.

Otras cuestiones sobre el «más allá»

El cristiano, en lo que se refiere a las cosas del más allá, dice «creo»

porque se adhiere a una revelación de Dios. No dice «sé», como si todo estuviera bañado por la claridad de una evidencia racional decisiva. El hombre por su propia naturaleza es tan racional como creyente, aunque puede ser poco racional y menos creyente.

¿Podemos ir más allá de un simple acto de fe y describir ese más allá? Es difícil porque todas nuestras palabras están sacadas de nuestra experiencia de aquí abajo y manifiestan universos culturales muy diferentes. Sin embargo, tenemos que responder a esas preguntas que se nos plantean en un momento u otro de la vida.

1) Resurrección de la carne

Todo lo que la fe cristiana dice sobre la resurrección de Jesús en su cuerpo, puede y debe aplicarse a lo que el cristianismo llama la «resurrección de la carne». Esta nos afecta a cada uno de nosotros después de la muerte. Las Escrituras hablan de resurrección de la carne y no sólo de los cuerpos. Con esto quiere decir que la resurrección afecta a todo el ser humano. En el más allá, y especialmente en Dios, no seremos puros espíritus, como afirman los espiritistas reencarnacionistas. Allí seremos el ser que somos aquí, único en el mundo, con toda su personalidad, su historia, su corporeidad, pero sin estar ya limitados ni por el tiempo ni por el espacio: estaremos «glorificados» en Dios.

Según las culturas y las épocas, la forma de representarnos ese estado de glorificado puede variar. La fe cristiana no toma partido sobre la forma de representarlas. Por ejemplo, San Pablo retoma por su parte la vieja comparación cósmica de la semilla y la espiga de trigo: el cuerpo resucitado ya no será idéntico al cuerpo mortal como la planta no es igual al grano. Se distinguirá de él como la expansión definitiva de la materia aún corruptible. “Se siembra en corrupción, resucita incorrupción...” (1 Cor 15, 42-44). Pablo habla también de «cuerpo espiritual». No define un carácter más o menos etéreo del cuerpo, sino su origen: “el primer hombre, salido de la tierra, es terreno; el segundo, viene del cielo” (1 Cor 15,45-49). Es el mismo cuerpo mortal, pero vivificado y recreado radicalmente por el Espíritu.

No hay una resurrección sólo del cuerpo, sino también una resurrección del tiempo en la eternidad. Nuestra eternidad va madurando a partir del tiempo como fruto en el que, una vez plenamente desarrollado, se conserva todo cuanto hemos llegado a ser en ese tiempo.

Incluso podríamos permitirnos añadir que la persona completa resucitada, Jesús y los que han muerto en Él, tendrá una corporeidad que mantiene una relación substancial y existencial a una espacialidad y temporalidad, no eliminadas sino transformadas por la nueva creación de la resurrección. El estado del resucitado no es un mero estado espiritual, sino un estado corpóreo, incluso un lugar también resucitado. Esto quiere decir que los resucitados están en todo el tiempo y el espacio, incluso ahora que éstos no han llegado a su plenitud última.⁴¹

2. *¿Tiempo de espera hasta la Parusía?*

Otra cuestión importante gira en torno al momento en que se pasa de la muerte a la vida resucitada. Suele afirmarse: final del tiempo para cada individuo coincide con la entrada inmediata en el reino de Dios; final del tiempo para la humanidad coincide con la entrada inmediata en el reino de Dios que en ese preciso instante habrá sido ultimado. El fundamento que hace intuir razonablemente este misterio se cimenta sobre un pilar incommovible: más allá de la muerte no existe temporalidad.

En la forma ordinaria de hablar, solemos decir que el alma resucita inmediatamente, pero que el cuerpo debe esperar el momento solemne de la Parusía o segunda venida del Señor para llegar a la resurrección integral de todo y todos, de toda la humanidad salvada.

Inmediatamente surge también el tema del Purgatorio, es decir de las “almas” que después de la muerte pasan al Purgatorio para terminar la purificación que les prepare para entrar totalmente en la Gloria de los resucitados.⁴²

Todos estos temas, que serían de gran interés para confrontarlos con los planteamientos de la reencarnación, deben quedar por ahora sin recibir la explicación que se merece.

NOTAS

1. TOOLAN David S., “Reencarnación y Gnosis moderna”, en *Concilium* 249 (1993) 823.

2. KLOPPENBURG Boaventura, “¿Fundamentos cristianos de la Reencarnación?” , *Medellín*, vol. 4, 14(1978)190.

3. HOHEISEL K., “Das frühe Christentum und die Seelenwanderung”, en *Jahrbuch für Antike und Christentum*, 27/28 (Münster 1984/1985) 24-46. Cf. sin embargo QUELLE P. Constantino, “La «New Age»: ¿Reencarnación o resurrección?”. en *Biblia y Fe*, vol. XXII, 64(1996)38-71, esp. 62-71.

4. Cf. HÄRING H. - METZ J. B., en *Concilium* 249 (1993) 776.

5. Cf. DELAHOUTRE Michel, “Hinduismo”, en POUPARD Paul (Director), *Diccionario de las Religiones*, Herder, Barcelona 1987, 746-749.

6. Cf. DONIGER Wendy, “La reencarnación en el hinduismo”, en *Concilium* 249 (1993) 787-788.

7. *Ibid.*, 790.

8. *Ibid.*, 790-793.

9. DELAHOUTRE Michel, “Samsara”, en POUPARD P., *o.c.*, 1604.

10. *Ibid.*, 749.

11. MASSEIN P., “Budismo (historia del)”, POUPARD P., *o.c.*, 233ss.

12. MASSEIN Pierre, “Karma”, en POUPARD Paul, *o.c.*, 954.

13. PIERIS Aloysius, “La reencarnación en el budismo: valoración cristiana”, en *Concilium* 249 (1993) 799-807.

14. MOTTE André - WATHELET Paul, “Vida de ultratumba”, en POUPARD P, *o.c.*, 1820. Las ideas expuestas están tomadas de estos autores.

15. TOOLAN S. David, *o. c.*, 821.

16. VERNETTE Jean, *Reencarnación. Resurrección*, Editorial CCS, Madrid 1994. El título original francés: *Réincarnation. Résurrection*, Ed. Salvator, Muhlhouse 1988.

17. *Ibid.*, 11-18.

18. *Ibid.*, 26-38.

19. *Ibid.*, 41-42.

20. TOOLAN S. David, *o. c.*, 830-834.

21. VERNETTE Jean, *o.c.*, 45-78.

22. TOOLAN S. David, *o.c.*, 828-829.

23. *Ibid.*, 829-830.

24. QUELLE P. Constantino, *o. c.*, 38-51.

25. *Ibid.*, 54-58.

26. KLOPPENBOURG Boaventura, *o. c.*, 190-211.

27. El “codificador del Espiritismo” se llamaba Hipólito León Denizard Rivail, pero es más conocido por su pseudónimo “Allan Kardec”. Todos los otros movimientos reencarnacionistas, posteriores a él, dependen de él. “Para los espiritistas, después de Jesucristo, Allan Kardec es considerado el mayor misionero que el Alto envió al mundo terreno, para dar cumplimiento a las sabias e inmutables leyes de Dios” (Cf. nota 1).

28. KLOPPENBOURG B., *o. c.*, 191.

29. *Ibid.*, 192-193.

30. *Ibid.*, 197.

31. *Ibid.*, 204-207.

32. VERNETTE Jean, *o. c.*, 182.

33. QUELLE P. Constantino, *o.c.*, 43-45.

34. LÖNING Karl, “La resurrección y la apocalíptica bíblica”, en *Conclium* 249 (1993) 865-866; QUELLE P. Constantino, *o.c.*, 45; VERNETTE Jean, *o.c.*, 181.

35. LÖNING Karl, *o.c.*, 866.

36. *Ibid.*, 867-868.

37. *Ibid.*, 869.

38. *Ibid.*, 869s.

39. *Ibid.*, 871.

40. *Ibid.*, 872; Cf. QUELLE P. Constantino, *o.c.*, 49-50.

41. RAHNER Karl, “Auferstehung des Fleisches”, en *Schriften zur Theologie*, II, Benzinger Verlag, Einsiedel-Zürich-Köln 1960, 211-225.

42. SACHS R. John, “¿Resurrección o reencarnación? La doctrina cristiana del Purgatorio”, en *Conclium* 249 (1993) 883-890.



NUEVO MUNDO

REVISTA DE ORIENTACION PASTORAL

Editada por los Hermanos Menores Capuchinos de Venezuela
Sirviendo al pueblo y construyendo el Reino en el NUEVO MUNDO

SUSCRIPCION

Venezuela 1.100 Bs; América 20 dólares USA;
Resto del mundo 25 dólares USA

DIRECCION

Apartado de correos 51.608 - Caracas 1050-A
Teléfono (02) 862 68 73



Centro Paulino, Salas a Caja de Agua, CARACAS



**Para estar al día en la dinámica teológica
y pastoral latinoamericanas**